

ÁNGELES Y DEMONIOS: SU NOMBRE ES LEGIÓN

Por Álvaro Cunqueiro



La Demonología, como se sabe, es una rama de la Angelología: los ángeles se dividen en buenos y malos, y éstos no son otros que los demonios. Conforme a ortodoxia —por decirlo de alguna manera—, esto es, ateniéndonos a los Libros de las grandes religiones monoteístas, sabemos muy pocos nombres de ángeles. Por las Escrituras no conocemos más que a Gabriel, Miguel y Rafael. El Corán incorpora a Elis, que es un jefe de muchos espíritus en la mitología de Arabia, entre los que figura Malik, es decir, «el Rey», que es equivalente al Satán nuestro. Por el *Libro de Henoch*, sin embargo, sabemos de Ragüel, Saraquel, Zutel, Rufael y Fanuel. En el *Apocalipsis de Esdras* vienen Gabulethon, Aker, Arphugitonos, Beburos y Zabuleon. Picando de aquí y allá, saldrían también Surjan, Urjan, Uriel y Arsjalaljur. Incluso sabemos de un ángel rebelde, Iblis, del que los yezidíes, una secta musulmana que vive en el Monte Sindyar, en la Alta Mesopotamia, y lo adoran, dicen que, tras haberse rebelado contra Alá, luego fue perdonado. Lo adoran bajo la forma del pavo real, cuyo nombre porta: Malek Tawus, el Ángel Pavo Real.

Pero los principales son, como dije, Miguel, que dirigió la batalla contra los ángeles malos, Gabriel, de quien los musulmanes dicen que dictó el Corán, y Rafael, que se explica como «medicina de Dios» o «Dios es curación», y que acompañara al joven Tobías hasta Rages de la Media, viaje que nadie pintó mejor que Claudio de Lorena, el de las grandes sombras, ni nadie contó mejor que Torrente Ballester. Parece que tanta importancia como estos tres tenga Uriel, que según los bizantinos acompañó a Noé en el Arca, cuando los días diluviales. Según Davidson, en su *Diccionario de Ángeles*, que ha acarreado mucho material sobre ello, también estaría Metraton, cuya cintura tiene el ancho mismo de la Tierra, de donde que sea el más corpulento de los ángeles. Aunque algunos rabinos afirman que el más alto y grueso sea Aupiel.

Nos dice San Alberto Magno que los ángeles fueron creados por Dios en la per-



fección de su naturaleza, como espíritus puros, pero los teólogos estiman, con sensatez, que, aun habiendo recibido vida sobrenatural, debían ser probados. Cuál fuera la prueba no lo sabemos, pero sí que algunos fallaron por cierta clase de soberbia, la soberbia frente a Dios, como vemos en *Job 14, 18*: «y halló culpa hasta en sus ángeles». Se sabe que uno de ellos era el jefe de todos: «el diablo y sus ángeles», leemos en *Mt. 25, 4*; o «el dragón y sus ángeles», en *Ap. 12, 7*. Su nombre es Satán o Satanás, palabra hebrea que unos traducen por «Adversario» y otros por «Acusador», y que viene a ser aproximadamente el sentido de la palabra griega *diablos*, de la que procede la nuestra de Diabolo. Estrictamente hablando, pues, sólo existe un Diabolo o Satanás, el *Princeps demoniarum*, y el resto son demonios.

Se sabe que el nombre del jefe de la rebelión antes de la derrota era Lucifer, cuyo nombre se declara como «Portador de la luz», por más que no sea llamado así en las Escrituras, y aunque viene en *Is. 14, 12* aquello de «¿cómo caíste, Lucifer, tú que brillabas en la mañana?», no parece que se refiera a él. Los que sí vienen nombrados en las Escrituras son otros ángeles del ejército de Satanás, como Asmodeo, en *Tob. 3, 8*: era el demonio que mataba a los maridos de Sara, hija de Ragüel, en la noche de bodas antes de que el matrimonio se consumase; su última aparición data del siglo XVII, cuando aparece en Loudun, en Francia, alborotando a unas monjas, y que se puede leer en la amena divulgación que de ello hizo Huxley en *Los demonios de Loudun*, donde viene todo el asunto de Urbano Grandier, canónigo de la colegiata de Santa Cruz, y la madre abadesa, Sor Juana de los Ángeles, y el endemoniamento de toda la comunidad ursulina, hasta que, tras varios, por fin el P. Surin logró expulsar al Maligno, pero quedando él tocado: «No es un solo demonio el que me trabaja, son ordinariamente dos. . .».

También viene en las Escrituras Belcebú, que se le nombra cuando la Torre de Babel: como luego diré, Belcebú significa «Príncipe de las moscas», muchas de las cuales se sabe por la tradición rabínica que eran *golems*, palabras encarnadas y de ahí ciertas interpretaciones de la confusión de las lenguas. Martin Buber, en cierto lugar de su espléndida obra *Los relatos hassídicos*, plantea el tema siguiendo a Rabbi Pinas, de quien tanto y tan bien hablase el maestro Risco, y viene a decir que no es que nacieran, entre los constructores de la torre, diversas lenguas, sino que las palabras de la lengua que hablaban —hebreo, sin duda—, empezaban a significar cosas distintas para unos y otros de los portadores de ladrillos y los que mezclaban la argamasa.

En *Cor. 4, 15*, aparece otro demonio muy importante, Belial, que bailó ante Salomón y que, según Harry Cobdan y Cabell en su libro *Los hijos de Satán*, ha sido o está siendo en estos momentos en Europa el gran financiero de la pornografía, empezando por el negocio editorial, donde viene gente enseñando pierna —como decimos en Galicia— *deica á sufraxe*, hasta las corvas, y acabando con las salas X, la cruz de San Andrés. También viene, que sería cuento de nunca acabar, en *Ap. 9, 11*, otro demonio llamado Abbadón, el Exterminador, de donde el título de la novela de Sábato.

En resumidas, ¿cuántos ángeles malos o demonios hay? Lo mismo que no se sabe el cómputo global de ángeles con exactitud, tampoco sabemos el número de ellos que se sublevaron y cayeron. Cabalistas cristianos del XIV, siguiendo una tradición rabínica, haciendo un cálculo que toma las palabras del Antiguo Tes-



tamento como números y los números que vienen citados como palabras, establecieron que eran 301 655 172 los ángeles todos; según otras tradiciones, los rebeldes serían una tercera parte. A este respecto, y desde San Alberto Magno, los demonólogos estipulan 6 666 legiones de ángeles malos, cada una de las cuales consta, como es notorio, de 6 666 ángeles, de manera que así resultarían 44 435 556. Pero olvidaríamos la redundancia simbólica del 6, es decir, el que no es el 7, que sería la cifra de lo completo, del todo.

Lo que sí se sabe es que hubo una batalla entre los ángeles buenos y los malos, tal como viene en *Ap. 12, 7*, donde leemos: «Entonces se trabó batalla grande en el cielo: Miguel y sus ángeles lidiaban contra el dragón, y el dragón y sus ángeles lidiaban contra él». *Michael*, Miguel, significa «Quién como Dios», y parece que éste era el grito de guerra de los ángeles fieles. Las fuerzas estaban exactamente divididas, mitad por mitad; como dirían los estrategas e historiadores de las modernas guerras, los efectivos de



las fuerzas en potencia eran los mismos. Ha sido cuestión muy disputada qué tipo de batalla fue la que dieron los ángeles buenos contra los malos. Algunas investigaciones modernas, que se basaron en el carácter individual y cómo éste tuvo una importancia tan decisiva en determinadas batallas de la antigüedad, caso de la guerra de Troya, donde es franca la importancia de los héroes individuales, como Aquiles, o Héctor, o Patroclo, obtuvieron algunas conclusiones. Pero no parece que vaya por ahí la solución.

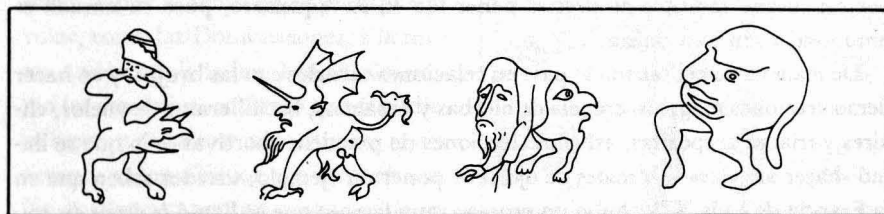
Investigaciones recientes, de hace trescientos o cuatrocientos años, sobremanera las alentadas por cabalistas cristianos del Renacimiento, tan bien estudiados por Sécret, han llegado a otra conclusión. Pico della Mirandola, a quien Walter Pater en sus *Retratos imaginarios* retrata como a galán de pintura del Quattrocento, se había internado con la ayuda y compañía de San Jerónimo en busca de los misterios de la Cábala, de lo que se disculpa en su *Heptaplus*, pues había violado la antigua regla de los hebreos que ordenaba que nadie tratase de la creación del Mundo, la *Ma'ase Beresith*, antes de haber llegado a la madurez, y él, como le profetizara una vidente toscana avivada por el fuego de Savonarola, moriría en el tiempo de los lirios. Y fue verdad, y doble, porque Pico murió joven, como lirio del humanismo, y en los mismos días en que las lises, los lirios de Francia, entraban en Florencia, tan rápidos como los de otro siglo en el feliz verso del Dante: *Veggio in Anagni rientrar li fiordalisso*. . . Los *fiordalisso*, los flor de lis, los lirios. . . Pues bien, ni Pico fue ajeno a la solución de la estrategia de la gran batalla, que pronto diré, ni tampoco otro cabalista cristiano, Reuchlin. Precisamente Reuchlin, según Sécret, será el primero en saber las palabras que formaron el santo y seña del ejército rebelde de la víspera de su batalla contra los ángeles del Señor: *Dakka* y *Tuzsim*, siguiendo la interpretación que Jerónimo y Eusebio dan del alfabeto hebreo, y que tantas veces ha sido citada.

Hello, Ernest Hello, ha estudiado el tema siguiendo esta tradición. El esquema de esta batalla, tan decisiva para la Sacra y General Historia, fue el mismo —fijense bien— que el de la que mucho más tarde daría Aníbal en Cannas contra los romanos, la batalla perfecta: un

centro fijo, al otro lado el ala derecha se alarga envolviendo a la izquierda enemiga y, aunque deja que su ala izquierda sea machacada, ataca el centro enemigo por detrás (a la cabeza de ese centro se supone que iba Neftaliel, «El que combate a Dios», en nubes rojas, y que acabaría mordiendo el rayo y la saeta).

Este esquema se ha reproducido a lo largo de los siglos, la última vez en 1914. Como se sabe, Von Schlieffen, el Jefe del Estado Mayor del *Kaiser* Guillermo II, que murió unas semanas antes de empezar la Guerra del 14, por parte de madre pertenecía a una familia que formaba parte de un círculo de iluministas y pietistas muy vinculado con unos grupos mágicos que se habían formado, por la frontera oriental de Alemania, en la Orden Teutónica. Quizá haya bastante exa-

geración en la influencia de estas atribuciones mágicas, como también ocurriera con la Orden del Temple. Cuando ésta fue disuelta, y su Gran Maestre, Jacobo Morley, quemado en París, se les atribuyó a los Barones Amigos del Señor una enorme cantidad de brujería, de prácticas satánicas, y toda la pesca. De su último Gran Mestre, el citado Morley, se dijo que no salió una sola gota de sangre de su cuerpo, porque la sangre del soberano señor era mercurio, argénteo vivo, y su cuerpo mortal estaba construido con materia trasmutada tocada por la piedra filosofal. Pues, de la misma forma, a estos grupos de Caballeros Teutónicos, que eran monjes y soldados al mismo tiempo, también se les ha atribuido toda una porción de brujerías, prácticas hechicerías, supersticiones y demás.



De hecho, entre los Caballeros Teutónicos, hubo núcleos que, en la Historia de la Religión alemana, se denominaron *iluministas*: la madre del general Von Schlieffen pertenecía a unos de ellos. Sea lo que sea, el caso fue que el plan de invasión alemana de Francia, con el brazo derecho germano metiéndose por Bélgica, cogiendo por el revés a los ejércitos franceses en el Artois y en el Norte, fue exactamente el plan de la batalla de Cannas. Von Schlieffen —lo ha dejado escrito— creía que, para gloria de Alemania, había que derrotar a la Francia podrida y republicana con la misma estrategia, los mismos movimientos envolventes con que Miguel Arcángel había derrotado a Satanás. Cuando, poco antes de que estallara la Guerra, ya estaba en su lecho de muerte, Schlieffen todo se volvía decir: «¡Pensad en Miguel! ¡Reforzad el brazo derecho!». De modo que, en 1914, la suerte de Europa estuvo pendiente de la muerte de alguien que se imaginaba poder reproducir sobre nuestra vieja y cansada Europa la batalla que Miguel dio a Satanás.

En la tal batalla hubo neutrales, como acontece siempre en cualesquiera guerra o contienda civil; el Jefe de los neutrales fue —y es— un demonio que luego ha sido muy famoso en todo Occidente, sobremanera en Bretaña francesa, y aun en Galicia: Astarot. Dijo que él no estaba ni por San Miguel ni por Lucifer, y Dios lo mandó con los derrotados al Infierno, pues en las Sagradas Escrituras se lee que Dios vomita a los tibios. Astarot, ya digo, aparece con suma frecuencia en Galicia, y casi puede decirse que sea un demonio gallego. Se hace amigo de los ricos, le gustan mucho las recomendaciones, le chifla hablar, es muy apetecido de que le cuenten historias y, en consecuencia, ha sido visto en múltiples ocasiones. A este respecto, fue denunciado por la policía veneciana. Ustedes saben que la policía de Venecia, tan enseñada en el lengüeteo que se trae el agua contra los muros palaciegos, ha sido la más secreta que hubiera en el mundo. Había gente que denominaban *oídos*, muy especializados, a quienes educaban para oír determinados rumores, o ciertas palabras significativas. Esto se demuestra por Anatomía, pues es cosa demostrada que a los tales les crecía de tal forma la oreja que mismo parecía bocina del gramófono «La voz de su amo». También viene en ayuda la Numismática, puesto que, en la mejor época de la *Serenissima Repubblica*, los policías utilizaban la famosa medalla

de Astarot, mejor de oro que de plata, y que es una culebra enroscada sobre sí misma, toda ella contrapunteada de pequeños oídos.

Otro de los demonios que han aparecido con cierta frecuencia y que ha sido visto y tratado por gente importante es, por ejemplo, Mammón, del que Harry Cobdan y Cabell sostienen que es, desde el siglo XVIII, embajador de los Infiernos en Inglaterra. Pero, sin entrada a dudas, el más importante de los infernales que ande por ahí es Leonardo, Jefe de casi todas las legiones que circunvalen la flor de la tierra y, como saben, el que aparece en sábado bajo figura de macho cabrío. Son muy abundantes las descripciones de que disponemos con Leonardo entronizando el Aquelarre, y todas similares: una cabeza de macho cabrío tricorne (es decir, un paso más allá de la leyenda que imagina que la presencia del demonio mata al unicornio, conforme viene en los versos del poeta *fantaisiste*: *Au fond des bois, la licorne / a vu surgir un bicorné. / Le bicorné inquiétant / d'un certain monsieur Satan*), con el cuerno frontal que enrosca de derecha a izquierda entre los dos laterales, que enroscan de izquierda a derecha; los grandes cabellos dorados, que brotan desde los lóbulos y le caen hasta los muslos; fornido de cuerpo y velloso, sin ombligo, sexadáctilo y los pies, pezuñas; por las brujas que dicen haberlo besado allí, tiene el ano rodeado de un aro de oro, y otras afirman igualmente que sus nalgas son escamosas como las del Gran Pez; tiene un mal olor característico, que respirándolo emborracha; como todos los demonios de categorías superiores, es políglota, y tiene voz de bocina, como si hablase por un cuerno marino; no precisa poner luz en su Aquelarre, pues su mirada es luminosa, tirando a pajiza. . .

De manera que el sábado lo pasa en relaciones carnales con las brujas, y en hacer demostraciones mágicas, escuela de hierbas y ensalmos, bachilleratos de vuelos, elixires y triacas prepósitas, así como lecciones de prácticas abortivas —lo que se llamó «hacer ángeles»— y males de ojo. Por poner un ejemplo, ustedes saben que en la Francia de Luis XIV, hubo un proceso muy famoso que se llamó *le drame des poisons*, el drama de los venenos, en el que apareció mezclada la favorita del Rey, la —por así decir— yegua real, la Montespan. Funk-Brentano ha escrito un libro precioso y stupefaciente sobre este asunto, que yo presté a José María Castroviejo, y éste lo leía aprovechando sus viajes de Cangas a Vigo, a donde llegaba siempre con los pelos de punta. ¡Con decir que una bruja, la Voisin, fue quemada junto con la marquesa de Brinvilliera, que, alegre y bonita, amiga de la vida y las fiestas, había envenenado a trece de familia y nueve amigos con lo que se llamaba *poudres de succession*, polvos de herencia! El caso fue que Françoise Athénaïde de Rochechouart de Montemar de Tonnay-Charente, la Montespan, temía perder el favor real (cuando Luis XIV estaba empezando a cansarse de ella, ésta le dedicó un insulto bastante notable; ya se sabe la poca afición del Rey a los lavatorios, tanto fueran maniluvios como pediluvios, y que ni siquiera tomaba baños de asiento, así que, una vez que le soltó algo desagradable, la ya en decadencia de sus favores *madame* Montespan le espetó: «Al menos, no hiedo, como Vuestra Majestad»), cuando la Montespan, digo, temía ya perder definitivamente los favores reales, se puso en contacto con la Voisin. Oficialmente, la Voisin era adivinadora y cartomántica, pero bajo cuerda practicaba la magia negra y ejercía de abortadora, bautizando antes a lo que estaba en el vientre, eso sí. En el proceso confesó que el mismo Leonardo le había enseñado la técnica de las Misas Negras, tal y como podemos leer en *Là-bas* de Huysmans. Pues bien, precisamente se dijo una en casa de la Voisin. Sobre el cuerpo desnudo de la Montespan —ya la moda había impuesto que fuera boca arriba, contra la costumbre anterior, que ordenaba de bruces—, se degolló a un niño. Un gran magistrado, M. de la Reynie, hombre serio e incorruptible, un juez que honra a la judicatura, instruyendo el proceso de la Voisin, llegó a las relaciones de ésta con la Montespan, pero no vaciló en seguir adelante. Se lo hizo saber al Rey, quien quedó definitivamente asqueado, nunca más volvió a ver a la Montespan, y mandó archivar el proceso, que aún se conserva en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de París, con la gran letra del Rey, una letra enorme, de dos pulgadas, en el frontispicio, que dice: «Porque nos archives, porque no se ofenda la memoria del Rey». Lean, lean en Funk-Brentano.



El caso es que Leonardo llega al Aquelarre sentado en un trono de moscas en forma de tonel de Burdeos. Sabido es que, en vísperas de San Juan, Leonardo abandona el lugar en que reside, que es, según los cabalistas, una isla occidental —de donde el que algunos creyesen que habitaba en Inglaterra— y se dirige a diversos puntos de Europa, repartiendo las moscas por los reinos cristianos. Estos lugares son tres: Toledo, Montpellier y el Xistral, el alto monte de mi diócesis de Mondoñedo. Van por enjambres de nueve mil novecientos noventa y nueve, que se llama *zuhjin*, es decir, ejércitos o divisiones. Leonardo solamente dispersa moscas domésticas, siendo las otras moscas, la aurifacies, la tempestiva, la vitripennis y la corvina y de más múscidos, hijas de la séptima letra del alfabeto hebreo, *zain*, con la octava, *jet*, cuando ésta cae a la derecha. Acontece que una cabalista está escribiendo y, de pronto, de la plana, sale volando un enjambre de moscas, precisamente del vientre del *jet*. . . Yo tengo contado muchas veces, en defensa de la presencia y creencia de Leonardo en Galicia, cómo una vez, estando yo en la barbería de mi amigo el Pallarego, que era corresponsal del *Faro*, y yo le escribía los artículos, estaba éste rapando a un mamoncete rubio, y

una señora entró a saludar a su abuelo, y le preguntó cómo se llamaba el rapace. Le dijo que Leonardo, y la buena señora escapó corriendo, santiguándose Fontevella abajo: «*Ponerle Leonardo! O nome do gran castrón!*», ¡Ponerle Leonardo! ¡El nombre del gran cabrón!

Conforme a la declaración de las brujas, al menos —y esto consta en un proceso de la Inquisición—, las moscas que vienen con Leonardo al Aquelarre son negras y doradas, y su zumbido remata en un gran trueno, que dura una hora larga. Las brujas se acercan a Leonardo, voladoras, y le ofrecen de beber unos aguardientes destilados por ellas mismas. Esto dice, por lo menos, Monsieur de Barbon, un obispo bordelés de hacia 1300 que ha sido el primero en describir el sábado: baste decir que casi todas las descripciones posteriores se basan directamente en la suya.

Parece ser que el primer macho cabrío del Sábado no fue Leonardo, sino un demonio llamado Furfur, un genio de la fornicación, un ángel de la lujuria. Su nombre, en hebreo, significa «dos caras», o «el hipócrita», o «el segundo», o «la sombra». Debí de intervenir en el caso de Tamar y Amón y es —según los cabalistas hebreos— un demonio carnal, de escasa ciencia. Fue sustituido a finales del siglo XII por Leonardo, porque el Sábado pudiese hacer competencia a las nacientes universidades cristianas (ya saben que, entre hebreos, al Sábado también se le llama «Synagoga satánica»). En el *Ma'ase Beresith* Furfur viene como ángel de la lujuria, mientras que en la *Lucta meronda* de Apolonio de Tyana aparece citado como genio de la cuarta hora. Ustedes recuerdan aquellos versos libres de Apollinaire que dicen: «los ángeles revolotean alrededor del lindo volatinero/Ícaro Enoc Elías Apolonio de Tyana/flotan en torno al primer aeroplano». Yo los recuerdo muy bien, porque casi era mi estreno tremoloso como poeta cuando escribí: *Eu nascín/—entre as zocas e os lóstregos/na metade da noite—/corenta e sete dias depois do primeiro aeroplano*, es decir: Yo nací/—entre zuecos y relámpagos/en mitad de la noche—/cuarenta y siete días después del primer aeroplano.

En fin, también se dice que fue macho cabrío del Sábado Eisel Luming, que en la Cábala zaarística es el Ángel de la

Prostitución en forma femenina, cónyuge de Samael, que es un Príncipe de los Venenos de la Muerte. Pero se acepta que en estos últimos tiempos su cargo lo copa Furfur, una vez perdida su categoría en el *staff* del Sábado, y lo ejerce especialmente en las casas de mala vida de Nápoles, al menos según el comentario de Foster en *Heros*, mientras que Eisel Luming ha pasado a ser el embajador de los infiernos en los grandes estudios cinematográficos. Pero desde el siglo XII, ya digo, el Macho Cabrío, el Gran Regente, el Príncipe del Sábado, el Rodolfo Valentino de las brujas es Su Señoría Leonardo.

Según información fiable, antes de la rebelión Leonardo era uno de los que Schici llama «ángeles de alta categoría», los clasificados entre Serafinos y Querubines, y por lo tanto un ángel capaz de volar, como las Dominaciones, a la misma velocidad de la luz. Los ángeles, como los demonios, contra lo que se pudiera creer, y se ha sostenido durante algún tiempo, no son ubicuos, son instantáneos. No pueden estar ahora mismo; es decir, en una milésima de segundo pasan de estar aquí a Londres, o París, y vuelven aquí. Es cosa probada, y muy sabida.

Para no andar con divagaciones, he de decir que las brujas concedían un gran poder al Príncipe del Mal, y le atribuían una gran sapiencia. Era esa presunción de poder alcanzar tal otra ciencia lo que las mantenía en el oficio de brujas. Según el canónigo Christian, en su libro *Actualidad de Satanás*, le otorgaban una potencia similar a la divina precisamente por esa ciencia secreta o maga. Y esto lo sabemos porque efectivamente eran saberes que se transmitían en el sábado, es decir, por tradición oral, pero además se la leen a ciertas brujas determinados diablos menores con los que han llegado a tener relaciones amorosas. Téngase en cuenta que, por ejemplo, Santo Tomás de Aquino, o San Buenaventura, aceptan el que haya trato carnal entre seres humanos y demonios, con todo el asunto de los incubos y los súcubos, aparte de que es cosa que aparece por todas partes en los procesos de la Inquisición, tanto francesa como, sobre todo, española. En el libro de Bernardo Barreiro de Vázquez Varela viene cómo una bruja llamada Manuela Miranda, de Pontevedra, en el año 1615 o 16, fue acusada de tener amores con el demonio. Por tres veces comparecieron testigos, gente bien de Pontevedra, a declarar que lo habían visto con sus propios ojos, y los inquisidores aceptan —démoslo por probado— que la Manuela cumplía débito conyugal.

Pues bien, gran parte de la ciencia transmitida en sábado, o *de oculis* por los demonios menores, era medicina, aparte de la Magia, o brujería propiamente dicha, ciencia que abarca desde el mal de ojo hasta los castigos a distancia, pasando por la sumisión de un alma a otra, sobre todo en caso de amores desesperados: los amores de los brujos puedo decir que son, por lo general, con Lilith, o con las Lamas, nombre que procede de una de las cuatro mujeres de Samael. La flor mágica parece ser que la ha clasificado Cabaliel, un demonio poderoso que formó con Astarot entre los neutrales, y su nombre se especifica por «ciencia de Dios». En cuanto a la fauna, es cosa de Llesot, aquel demonio que Moisés invocó para desatar las plagas de Egipto, por más que esta noticia, evidentemente, nos venga de la tradición tal-



múdica, aunque su nombre parece estar en relación, Llesot, con la palabra hebrea que designa al sapo, y sabida es la enorme importancia del sapo en la farmacopea bruñeril y, en general, en toda la hechicería de Occidente. En la bruñería occidental, pudiéramos decir que del sapo se aprovecha todo, como ocurre con el cerdo en Galicia, del que todo bocado es sabroso, y sería la mejor ave si volara, cosa que casi llega a hacer el sapo.

Y ya metidos en harina, conviene resaltar la preferencia de determinados demonios por ciertas áreas geográficas. Es el caso de la continua presencia del llamado Diablo Cojuelo en España, durante los siglos XVI y XVII, especialmente en la archidiócesis de Toledo. Se sabe por los procesos de la Inquisición que publicó Julio Caro Baroja, que apenas hay una sola bruja de Toledo que, sometida a tormento, estirándola en la rueda, o quemándole la planta de los pies, no diga que el demonio con quien ella tiene requiebros y tratos de amor es el Diablo Cojuelo. En esto, yo puedo hacer una modesta aportación a su historia. Su última aparición en España fue en el siglo pasado, bajo el reinado de Isabel II. Como es sabido —y, si no, se puede leer en Benjamín Jarnés, que escribió su estupenda biografía—, Sor Patrocinio, que tanta ascendencia tenía sobre *la Chata*, era conocida por «la monja de las llagas», pues, como a San Francisco de Asís, el *poverello*, le salían las llagas de la Pasión del Señor, y en los mismos sitios. Su convento estaba donde hoy está el Oratorio del Caballero de Gracia, así que una noche vino un demonio, la cogió, la sacó por la buhardilla y la llevó a dar un paseo hasta el Alto de los Leones, le enseñó todos los tejados de Madrid y le explicó todo cuanto sucedía debajo de ellos, es decir, exactamente lo mismo que había hecho el Diablo Cojuelo con Vélez de Guevara, y luego la volvió a dejar en el tejado del oratorio, en tan mala postura que tuvieron que salir otras monjas y, por la ley del péndulo y la plomada, a base de cuerdas, equilibrando, acertaron a regresarla a su celda dos horas largas después. Fue la última aparición del Diablo Cojuelo en España.

Actualmente se afirma que el tal Diablo Cojuelo pasa la mayor parte de su tiempo en el Brasil, puede que por la preferencia demoníaca por el portugués en el *Sabat*, de creer a Ramalho Figueirido, y a Botelho de Oliveira. Lo cierto es que, en São Paulo, y en Río de Janeiro, se venden llamadores de puerta —yo tengo uno en la mía de Vigo— bajo la figura del Cojuelo, esto es, el diablo con una sola pata, la otra pequeña y recogida detrás de la única que se ve. Ya dijo Apollinaire que el diablo es un fatigado melancólico, con largas horas taciturnas, y lo más de su tiempo a veces lo gasta en escupir a la calle desde el tejado en que se sentó a contemplar la ciudad, cosa que se puede comprobar en el propio Notre-Dame de París. Brasil es hoy el *non plus ultra* de la bruñería. De *La Cruz de Caravaça*, las hojas volanderas con ensalmos, libros de esta ciencia y jaculatorias ciclostiladas se hacen tiradas de 100 y 200 000 ejemplares. De igual manera, en la mayoría de los hogares brasileños, por la parte de adentro, hay un llamador con la figura del Diablo Cojuelo. Es como si dijeran: «¡El esoterismo llama a su puerta!», por más que el llamador ya esté dentro, pues ya dije que son instantáneos, y tan pronto están aquí como allá. En esto el mundo demoníaco viene a coincidir con el informático, pues la mayor cantidad de información proviene de la inesperabilidad. Tanto vale Asmodeo como Wiener, o Shannon. Pero esto ya es Arte Mayor.

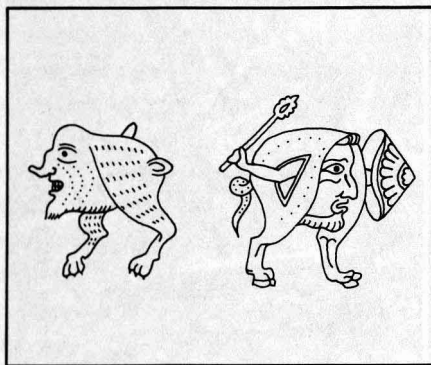
Hay otros ejemplos de diablos aposentados, aunque luego acaben emigrando. Biosodie, del que se hablará más tarde, frecuenta los Pirineos, de la misma manera que Domingo de Montemor, un gran tocador de guitarra, trabaja la raya de Portugal y ha vivido, en ocasiones, dando un paso, en Salamanca. El fidalgo lisboeta vivía en una posada que estaba en la calle del Aire, al lado de la Torre del Aire, y se encerraba en su cuarto siempre a la hora de comer, de forma que nadie le veía, ni sabía qué comía, que no aromaba el pasillo. Pero una vez se le olvidó la puerta abierta y una de las criadas le descubrió zampándose un plato rebosante de negras y zumbadoras moscas: era el demonio. Parece ser que los demonios hacen en el plato con granos de sal la señal *mat-aleph-nuk*, y entonces acuden las moscas, como si allí hubiese una pía de azúcar, y no saben salir de la señal, lo que permite a los glotones luciferinos comer cómodamente.



Ya dije que los satánidas, lo mismo que los ángeles fieles, sus enemigos, no son ubicuos y sí instantáneos, de donde se deduce que sean grandes voladores. Así que las brujas también vuelan en sus escobas de nogal, para ir a los aquelarres de Bonaventura, en Italia, o de encina, para el que se celebra en Brocken, Alemania (entre nosotros, como es sabido, vuelan las catalanas a Bittern, lugar que no ha podido ser identificado, las de Navarra a Barahona o Zagarramundi, y las gallegas a Coria o al Arenal de Sevilla). Vuelan porque son llamadas. Esto se ha discutido muchísimo, puesto que, por los procesos inquisitoriales, sabemos que la bruja siempre afirma «Fui llamada el sábado». Por Procopio, monje de Athos, tenemos noticia de que la gente demoníaca no vuela por física, sino por una palabra que oyen y que significa «¡Satanás exige tu presencia!». Así que esta llamada forma parte de las posibilidades técnicas del vuelo: para que pudiesen volar tenían que ser llamadas. También se sabe de brujas que han acudido a los sábados montadas en caballos negros que galopaban con la grupa hacia adelante, es decir, marcha atrás. Digo esto —y es cosa muy útil para la vida diaria— porque un demonio, paradójicamente, no sólo se delata por parpadear de abajo para arriba, a la inversa nuestra, sino por no poder andar hacia atrás: como los primeros automóviles, el demonio no tiene marcha atrás. Pero lo normal es que la bruja vaya montada en escoba.

El último abril, a la Exposición de Brujería de la Biblioteca Nacional de París, asistió uno de los grandes brujólogos europeos, el profesor Pierini, de Nápoles. Ustedes saben que la población napolitana es profundamente supersticiosa y con gran experiencia mágica, y muy dotada para la especulación mántica con números, pues allí se inventó la lotería y desde los primeros días de ésta se buscó el adivinar en qué número caería el premio. El profesor Pierini, por lo demás, fue el que mandó aquella carta al Sha de Persia, avisándole de que corría peligro de destronamiento: vio una foto del Sha, vertió con la varilla mántica la harina correspondiente sobre el rostro del imperante conforme a lo que *madame Verneuil* llama el hexágono tanático, y la cosa se ponía mal para el emperador del Irán. Lo publicó *La linterna de Hermes*, una revista de ciencias ocultas que se publica en Mónaco.

Bien, resulta que, en el palacio arzobispal de Nápoles, cuando la última guerra, cayeron unas bombas alemanas, destruyendo el tejado y un ala del palacio. Hubo que reconstruirlo y, cuando estaban quitando los escombros, apareció un arcón en el que estaba guardado nada menos que todo un arsenal de una bruja procesada por la Inquisición napolitana en el siglo XVII; seguramente lo habían llevado al desván cuando la Inquisición fue disuelta, y allí quedó. Los arsenales de las brujas difieren en cosas, pero vienen a coincidir en la fundamental. Éste era similar, es decir, algo pobre, al de las *meigas* de mi Galicia natal: hierbas medi-



cinales, plantas como la digital purpúrea, o la adormidera, ajos, uñas de murciélago y algún veneno vegetal, como la belladona, a más de alguna otra hierba recogida en cementerios, grasa de lobo, leche de gata y poco más, que ya no hay ahorcados para recoger partes de su cuerpo, ni la planta mandrágora que nace a los pies de la horca y tiene figura humana. Digo yo que el arsenal sería ése. En todo caso, lo que sí venía en el de esta señora bruja napolitana era una escoba.

Así que el profesor Osvaldo Pierini llevó la escoba a París, y era una escoba de mango desmontable: en uno de los trozos había polvo, ceniza de haber quemado una encina, y polvo también de vísceras de sapo (parece ser que en el sapo hay una sustancia que la Química moderna detecta perfectamente y puede decir, a varios siglos de distancia: «¡Esto es sapo!») y en el otro trozo de la escoba encontraron pepitas de oro mezcladas con más ceniza de encina; se calcula que las pepitas de oro serían un equivalente en pesetas actuales de unos dos millones y medio, por lo que, a diferencia de las

nuestras gallegas, debía de ser una bruja rica.

Pierini también demostró cómo se volaba con ella. Antes he de decir que en esta exposición —como en otras exposiciones de brujería— ocurrió eso que los mitógrafos y los que se preocupan por estas cosas llaman *la bóveda*. Ustedes entran en una iglesia, pongamos que la catedral de Santiago de Compostela, a donde durante siglos han ido peregrinos de toda Europa pidiendo la salud del cuerpo y la del alma, han rezado, han pedido verdadera y fielmente. Entonces —dicen los mitógrafos— parece como si, entre la bóveda de piedra y nosotros, que entramos en la catedral, hubiese una especie de bóveda invisible, formada por el eco de todos los rezos, todas las plegarias, todas las lágrimas, todo el dolor y la esperanza que durante siglos pasaron por aquella santa catedral.

Esto tan es así que hasta en las sesiones de espiritismo parece que no puede haber éxito si no se ha logrado una cierta *bóveda*. El caso era que yo veía entrar a la gente en la exposición de París un poco como de broma, mirando divertidas las estampas, los cuadros, en uno de los cuales, por ejemplo, aparecía un documento firmado por el demonio Asmodeo diciendo que se marchaba del cuerpo de la Madre Juana de Loudun, en fin, contemplando como si tal cosa todo aquel *tutilimundi*, pero, conforme se iban acercando al gran Salón de las Fiestas de Mazarino, donde éste precisamente invitaba a jugar a la lotería italiana, y dejaba ganar a la Reina y a quien ella quisiese para de esta forma asegurarse el poder, iban avanzando, digo, por ese salón, en medio de cuadros con documentos inquisitoriales, de útiles de tormento, arsenales de brujas y demás, y la gente se iba poniendo cada vez más seria. Es decir, *la bóveda* iba haciendo efecto sobre toda aquella gente que había entrado una mañana de abril en París a ver una exposición de brujas, pero a la que, de pronto, algo les empezaba a pesar en el alma.

El caso fue que el profesor Pierini cogió la escoba y empezó a enseñar cómo se vuela. Se monta uno en ella cogiéndola con la mano izquierda —la derecha está a todo lo largo del cuerpo, rígida—, con la que se hace a la vez la higa, y el dedo central de la higa tiene que tocar la

cabeza de la escoba. Todo esto lo estaba explicando el profesor Pierini, un italiano delgado, con barbita, la cara algo luciferina y, como buen napolitano, con mucha facilidad de palabra. De pronto dijo: «A tal hora se emprende el vuelo». Dos monjitas que estaban en primera fila pegaron un brinco, pues verdaderamente todos creíamos que el profesor Pierini iba a salir volando en la escoba de la bruja.

La farmacopea bruja europea permanece invariable desde hace siglos, con la mandrágora como ingrediente máximo. Puedo añadir que la medicina bruja conoció, desde sus primeros tiempos, la acupuntura, tanto curativa, *in corpore*, como dañina, a distancia, clavando agujas en muñecos de cera o trapo que representen a determinadas personas, a las que incluso pueden llegar a provocar la muerte. Todavía hoy Leonardo, presidiendo el sábado, asegura con su presencia la continuidad de esta magia nefasta, de la *opus nigrum*. Hace unos meses, la revista *Time* dedicaba su portada y media docena de páginas interiores a presentar una sociedad demoníaca californiana que sostiene haber conseguido la presencia de Leonardo en algunos de sus sábados.

Muchos demonios tienen una especial constancia y, según nos prueban las actas inquisitoriales, han tenido una gran actividad. Cabaliel, por ejemplo, ese demonio que había recogido la flora para la farmacopea de las brujas, les gastaba bromas a los curas, haciéndoles saltar las páginas cuando estaban leyendo, cambiando los renglones de sitio, y parece que es culpable de una porción de herejías, al trastornar los renglones y las palabras, y de pronto faltaba el Hijo o aparecía en el lugar del Santo Espíritu. Pedro Ciruelo, el maestro de Salamanca que escribió en 1628 aquel *Tratado en el que se repruevan todas las supersticiones*, y que llegó a ser Gran Inquisidor de Aragón, logró detectarlo y, en un momento dado, lo dejó en el *pero omnis saecula saeculorum*. Le dijo a Cabaliel: «Ahora vas a estar en el *saecula saeculorum* hasta que yo te castigue». Pero el demonio le hizo leer al revés, y en lugar de *per omnia saecula saeculorum*, leyó *muroluceas aluceas ainmo rep*, y logró escapar. Es el demonio que también iba a interrumpir a Lutero cuando estaba trabajando, y Lutero le tiró una vez



Fernández y, en Juan del Enzina, en boca de rústicos salmantinos. Lucas Fernández, en su *Égloga o Farsa del Nacimiento de Nuestro Redemptor, Jesu Christo*, hace decir a Gil: «Gran famulario/devéys ser./Rezáys nesse calendario,/¿soys bisodia, o soys almario?». Y Juan del Enzina, dice en su *Égloga XI*: «Mas mal de tales cordojos/no sé por qué causa sea,/ques una bisodia fea». Ya se ve que quieren decir algo como esperpento, monstruo, estantigua, cosa horrible. Es lo que vendría a significar en el sayagués, según Gallardo en *El Crítico*. Pero da la casualidad que, en un proceso posterior a esas obras, una bruja sometida a tormento por la Inquisición, declara que tiene amores con un príncipe de los Infiernos tan importante que el propio sacerdote tiene que nombrarlo en la Misa. Como no lo quiere nombrar, se finge una Misa para que la bruja diga cuándo es. La Misa se va desarrollando y, cuando viene lo de *panem nostrum quotidianum da nobis hodie*, grita la bruja: «¡Ahora!». El demonio se llamaba, sí, *bisodie*. Puede parecer broma, pero Julio Caro Baroja ha demostrado que *Bisodie* es el nombre que los pastores del Pirineo vasco-navarro le dan a Diana cazadora como protectora de los rebaños. Si se quiere buscar una explicación racionalista, materialista y grosera, a lo Marvin Harris, se encuentra fácil: ya

el tintero, dándole con él, y al caer la tinta en el suelo, al escapar, el demonio la pisó, y en la habitación quedó la huella de las pezuñas del Macho Cabrío.

Altaniel es un guardador de tesoros. Todas las brujas y brujos acusados de encontrar tesoros confiesan que lo han hecho en virtud de sus relaciones con Altaniel, así sea en sitios muy distintos y distantes entre sí. Es de las cosas que llaman la atención a los que abordan científicamente determinados temas relacionados con la brujería, porque la verdad es que resulta muy difícil explicar cómo todos coinciden en lo mismo, y sin posibilidad de relación entre ellos. Los tesoros, por lo general, están guardados por una palabra: el que la sepa, y la diga estando al lado del tesoro, al lado de la cueva que lo guarda o la piedra que lo tapa, se puede hacer con él. Pero con la condición de que sepa sacar de la boca de tal manera la palabra, dándola de tal manera vuelta, que la transforme en una llave. Transformada la palabra en llave, el brujo o la bruja abre la puerta que esconde el tesoro y se apodera de él. Claro que hay tesoros que no se dejan llevar. Una bruja portuguesa, de Braga, declaró ante la Inquisición que había encontrado un tesoro. Como le preguntasen que dónde lo tenía, contestó: «Es que no lo pude adquirir». Resulta que el tesoro le dijo a esta bruja portuguesa: «Si me llevas y me gastas, ¿qué figura hago yo delante de los otros tesoros?».

Bisodie es un demonio que ha planteado problemas y está muy bien estudiado por Julio Caro Baroja, tratando de unos procesos inquisitoriales. La palabra *bisodia*, en femenino, aparece en Lucas

fuera porque se le murieron las ovejas, o se las comiera el lobo, o que hubiera robado alguna cosa, un zagal de un rebaño navarro se escapa del Pirineo, se mete en otro rebaño de un pastor de Burgos, y de allí, a rebaños trashumantes, pasa a Portugal, donde cuenta la historia, y la bruja de que venimos hablando la oye, y se apropia de ella. Es una explicación demasiado clara como para que la podamos aceptar con tanta tranquilidad. En estas cosas, conviene actuar más científicamente.

Que los demonios pueden tomar cualesquiera forma, lo sabemos por toda la tradición literaria. Habrán leído en Gonzalo de Berceo aquello de la abadesa que queda en estado sin haber tenido contacto con hombre alguno, pero que pisó una hierba muy enconada. Es una versión española de uno de los *milagros* de Cesáreo de Colia, que no sólo están en el origen de los *Milagros de Nuestra Señora* de Berceo, sino también de las *Cantigas de Santa María* de Alfonso X el Sabio. El caso fue que San Fernando, rey de Castilla, mandó como embajador suyo al Imperio al abad benedictino de San Pedro de Gumiel, éste llegó a Colonia cuando Cesáreo estaba redactando su colección de *Milagros*, así que trajo una copia, con los finales de renglón muy floreados, y de ahí que en muchos textos de Berceo, o en las *Cantigas* se diga tan frecuentemente «un alemán», o «en Alemania». Bueno, pues en el *Manuscrito de Copenhague*, que es mucho más antiguo, no viene la misma historia. En esta versión más antigua no es pisar una hierba, sino que la hierba se mete dentro del cuerpo de la monja. En la *Demonología* de Horst, tan citada, viene la historia de un demonio que tiene amores con una monja. También lo cuenta Heine en sus *Espíritus elementales*. Era un demonio muy perfumado y de barba rizada, que la visitaba en su celda, y un día le pregunta a la monja: «¿A que no sabes qué día entré en tu cuerpo?». Y la monja no lo sabía. «Pues aquel jueves que comiste ensalada». Si el demonio se puede convertir en ensalada, parece sensato suponer que se puede convertir en muchísimas cosas. Hay que decir a este respecto que en la arzobispal Toledo, en el siglo XVI, una bruja declaró poseer la hierba inzada, gracias a la cual había podido dejar embarazada a una muy noble dama por mor de una herencia, y la señora parió un monstruo parlante en arábigo desde que apuntó lo que parecía la cabeza.

Como todo no van a ser, como las de la tradición literaria, o la Cábala, historias verdaderas, yo también inventé una vez, cuando más joven comenzaban en mí a crecer las plantas de los sueños, la historia de una rica señora de Nápoles que daba a luz un niño, al que metían en una bañera para lavarlo y se derretía exactamente como un terrón de azúcar. Un obispo que estaba presente echó unas bendiciones, por si llegaba aún a tiempo, y luego vertieron el agua en un camposanto. Al cabo de un año, esta señora napolitana volvía a tener otro niño y, entonces, para evitar que pasara lo que la vez anterior, fue bautizado antes de meterlo en la bañera. Esta vez, la bañera estalló, se rompió y se transformó en un demonio que salió por la chimenea arriba. Pero tuvieron tiempo de sujetarlo con el puño de un paraguas por la canilla, y el demonio confesó que, efectivamente, se había transformado en bañera, por el interés que sabía tenían las monjas del convento de Fosano en comprar una bañera florentina. Quería ver bañarse a las monjas por San Pedro y a la abadesa por Pascua Florida.

En fin, siguiendo con diablos, Waite, en su libro de ceremonial mágico, *The Book of the Ceremonial Magic*, se ocupa mucho de Donquiel, un demonio muy invocado, especialmente aquí en España, durante los siglos XVI y XVII, para hallar mujer. En la *Divina Commedia*, «Purgatorio» V, viene Pia dei Tolomei, la más hermosa muchacha toscana de su tiempo. Un bandido, un tal Nello dei Paganelli, juró casarse con ella, pero no hasta que fueran suyos todos los castillos de la Maresma, cuyo dulce temblor, aquello de *il dolce tremolar della marina*, azul, Pia llevaba en los ojos. Cuando consiguió todos los castillos, Nello se casó con Pia. Y el mismo día la mató. Pues bien, en muchas historias que circulaban por Italia, y que han sido publicadas por Franchi, y algunas por mi



amigo Giovanni Allegra, el de *Il regno interiore*, aparece ese demonio Donquiel ayudando a Nello. Pasaron los años, y a unos arrieros que llevaban seda y lana de Florencia a Siena se les despeñó una mula por un despeñadero; cuando bajaron a rescatar la mercancía, encontraron el cadáver de Pia dei Tolomei, un esqueleto que en los huesecillos de lo que fuera aquella mano blanquísima aún conservaba sus anillos. Ustedes lo recuerdan. Va Dante por el Purgatorio y oye una voz muy dulce. Pregunta que de quién es aquella voz que tan suave suena en la sombra, y entonces sale ella y le dice aquellos versos tan hermosos: *Ricorditi di me, che son la Pia*. . . Acuérdate de mí, que soy la Pia. Y sigue: *Siena mi fé, disfecemi Maremma*, Siena me hizo, la Marisma me deshizo. Modestia aparte, yo hice una



contribución lírica al asunto, deformándolo algo, que es la forma científica de tratar estas cosas, y donde venía cómo se escudaba para el asesinato en que Pia no era doncella, lo cual era falso: *Púxome Nello dei Paganelli/na punta dun coitelo, coidando que eu non era virxe./E érao*. Es decir: Me puso Nello el de los Paganelli/en la punta de un cuchillo, pensando que no era virgen./Y lo era. Así que mi contribución al tema termina diciendo Pia: *E paséi por puta/e o que sabía de bicar era por libro*. Que se declara: Y pasé por puta/y todo lo que sabía de besar era por libro. Dulce lirio tronchado.

Entre otros innúmeros demonios —que ya es hora de ir pensando en el finiquito—, está Auros, muy relacionado con toda clase de brujas, y que conoce el futuro. Jeliel es un ex serafín que después ha sido embajador del Infierno en Bizancio. Quesdaye es maestro en artes demoniales, intérprete de sueños y su ayuda es completamente necesaria para fabricar un *golem*. Ya saben que los grandes rabinos sabían fabricar seres vivos, utilizando ciertas palabras de las Sagradas Escrituras, que combinaban de una determinada manera. Sin ir más lejos, en Reuchlin, el ya citado cabalista cristiano



del Renacimiento, podemos leer cómo descubrió en San Jerónimo noticias del alfabeto Ath-Basch, y los diez nombres de Dios, «El, Elohim, Zebaoth, Elim, Eser, Ehie, Adonai, Ia, y el tetragrammaton que ellos dicen inefable y que se escribe Iod, He, Vau, He, Sadai». Los diez nombres cuyas combinaciones permitirán a Bar Rabba o a Bar Hedia la maravillosa creación de seres humanos o extraños animales, es decir, los *golem*. Rabí Rabba hizo una vez un hombre con palabras y se lo mandó a su hermano. Pero el hombre era mudo y el hermano

de Rabí Rabba se dio cuenta de que aquel era un *golem*. Escupió tres veces sobre él y le dijo: «¡Vuelve a donde procedes!». Y el *golem* se deshizo en polvo. También se podía construir un *golem* demoniaco. El rabino Isaak Mahlebany estaba escribiendo un tratado sobre los ángeles rebeldes, con aquella letra suya tan hermosa, admiración de las juderías húngaras. Iba escribiendo el nombre de Satanás por cinco mil cuatrocientas treinta y nueve vez —es decir, siete veces setecientos setenta y siete—, cuando observó que la palabra se movía, huía del renglón y tendía a salir de la plana. Rabí Isaak se dio cuenta de que había creado un *golem* demoniaco. Éstas y más cosas, con la ayuda de Quesdaye, hacían los instruidos en los Libros, la Mishna, la Ghemara y el Midrashin, las reglas de Gematría, de Notricón y de Temurah, los alfabetos místicos: Atbash, Atbah, Albam, Aiakbechar, Tashrak, etc. Así fue construido Behemot, una figura de buey que los sabios de Israel escondieron bajo una colina, donde permanece oculto hasta el día del Juicio Final, que lo podrán comer los rabinos que lleguen al Paraíso. El último *golem* de que haya noticia fue fabricado en 1576 por unos rabinos de Praga, y pueden hacerse una idea leyendo la novela de Meyrink o, sobre todo, viendo la película *Der Golem*, de Paul Wegener, que está rodada precisamente en el barrio judío de Praga. También saben que Jorge Luis Borges le ha dedicado al *golem* un poema precioso y, con toda razón, hace rimar *golem* con Sholem, el eruditísimo autor de *Las grandes líneas de la mística judía*.

Hagamos el prorrateo final, no sea el diablo que. . . Otro demonio es Nergal, jefe de la Policía Secreta del Infierno; oye por los ojos y ve por las orejas, y es muy usado en prácticas ocultistas, por su sentido del secreto y el disimulo: te mira fijamente a las orejas. Orión parece ser que, en un principio, era el Ángel de la Guarda de San Pedro, pero que lo traicionó: en esto ya se ve que hay una justicia compensatoria, porque lo mismo que San Pedro negara a Jesús por tres veces antes de que cantase el gallo, así también Orión negó y traicionó a San Pedro. Quemuel era un demonio de caballería, que mandaba el ala izquierda en la Gran Batalla, pero bastó con que Dios simplemente mirase para allá de reojo para que acabasen fulminados. Gustael es invocado por las brujas del Oeste los sábados de luna llena. Irafel es un espía de Satanás que aparece de incógnito en muchas fiestas. Finalmente, Samael es un demonio importantísimo, al que sólo se invoca en ocasiones muy solemnes y para cosas verdaderamente terribles. Es el más viril de los setenta y dos Príncipes Superiores del Infierno y, en el largo poema de Longfellow *La leyenda de oro o dorada*, cuando Judas Iscariote pregunta al rabino por los perros que están ladrando la noche de la traición, éste le dice que son los perros del gran Samael, que van para la ciudad a convertirse en moscas.

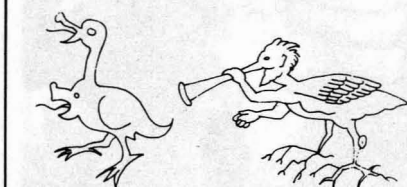
Diablos hay, pues, para dar y tomar, y muchos se quedan en el tintero, algunos importantes, como Bafomet, Belfegor, o Usguiel, también llamado Usaguiel o Usaguiel. De éste tuve noticia directa a través de don Juan Manuel Pardo Manuel de Villena, descendiente del nigromante, y que me había sido presentado en Madrid por don Pedro Mourlane Michelena y el doctor Rosso de Luna, que me explicaba elementos de astrología dibujando con lápiz-tinta sobre una mesa de mármol en un café de la Glorieta de Bilbao. También quedan para mejor ocasión toda una turba



de diablos menores, cuyo catálogo para Inglaterra tan bien hizo Charles S. Bradley. Allí vuelvo a encontrar al demonio que viene en el *Diario* de Samuel Pepys —una de las obras de más agradable esparcimiento que darse pueda— tocando el tambor, y que respondía a todos los aires, por difíciles que fueran, tocados en otros tambores. O el diablo que aparece en Gerona, unas veces en las escaleras de la catedral, otras en las de la Dehesa, si el Onyar da la niebla vespertina, y que me enseñara mi gran amigo y escritor Joan Perucho. También habría que citar los que el Dante pone en su «Infierno», como Alichine —es decir, el Arlichino, el Arlequín de la *Commedia dell'arte*, amante de Colombina, rival de Pierrot, y que es un antiguo dios otónico—, o como Grafficané, «el perro de las letras», protector de los escritores de anónimos. Y aún cita más el florentino: Scarmiglione, Calcabrina, Caynazzo, Barbariccia, Libicocco, Dranguignazzo, Rubricante, Fafarello. . . La verdad es que si basta nombrar a un demonio para que exista, yo soy responsable, a su vez y si se me permite, de unos cuantos que circulan en mis escritos. Así, Croizás, un demonio que se hacía pasar por alcalde constitucional de Burdeos, pero en realidad era pampilonica; Cobillon, un demonio que en París está perfumando francesas; Tadeo, que fue ahorcado en Pons de Champaña, acusado de hablar con las gallinas y hacer aguas mayores por las chimeneas; Ismael Florito, sastre de lujo, y don Juvenilio Caraffa, que en Roma andaba con los venenos térmicos y áureos del César Valentino.

El caso es que todos estos demonios, de una manera u otra, forman parte del sábado y se relacionan con las brujas. En el país gallego se dice que hay muchas más brujas que en otras partes, como pudieran ser Nápoles, el reino de Toledo, o entre vascos: lo que ocurre es que, en Galicia, se las toma más en serio. En cada aldea hay una medicina popular y mágica, y cada aldea tiene su sabia, su *meiga*, su brujo, su curandero, su *arresponsadora*. Los gallegos somos un pueblo muy espiritual, un pueblo de creedores, con una larga y profunda tradición mágica, un pueblo intelectual y supersticioso, muy receptor de los temblores suavísimos de la tela de araña del trasmundo. Dense cuenta de que, en el siglo VI, un evangelizador que pretendía convertir a los suevos arrianos al cristianismo, cosa que hizo, Martín de Dumio, escribió un tratado titulado *De correctione rusticorum*, contra las artes mágicas y supersticiones más corrientes entre los paganos, los rústicos, la gente del campo. Martín se sorprendería si hoy viajase por nuestras aldeas, como hacen los antropólogos y los folcloristas, al encontrar vivas las más de las supersticiones de los campesinos gallegos de aquel tiempo.

Además, mi región está en un extremo de España, justamente en el *Finis Terrae*, en el extremo occidental del mundo conocido, lejos, como sumergida en la niebla, escuchando las broncas voces del bosque y el mar, y durante muchos siglos no hubo caminos a poniente: Galicia, aislada, como si fuese verdad que para entrar en ella hubiera que pasar por el río Letheo, el río del Olvido, cual creyeron los romanos cuando por allí llegaron la primera vez. Estaba el gallego adornado de oro y velando plenilunios, cuando llegaron los romanos. Entraron por el sureste, por los actuales valles de Verín y Monterrey y muy pronto se encontraron con la tierra de La Limia, donde está la laguna Antela, tan importante en la magia gallega, porque se cree que sumergida en ella está una ciudad que se llama nada menos que Antioquía de Galicia, como Yss castigada por un pecado que no conocemos. Era marzo, con nieblas, y los romanos estaban en aquella región desolada ante un río que, como el *flumen est Arar* de César, no se sabe si va para arriba o para abajo, de tan aquietada que está la corriente, junto a aquella laguna neblinosa horadada por las junqueras y los cuervos que huían graznadores, de forma que aquellos arriscados guerreros de cien batallas no se atrevían a pasar, porque decían que era el Letheo, el río latino y occidental del Olvido. Temían que, si lo atravesaban, perderían la memoria, olvidarían su lengua, no se acordarían de la patria ni de su familia, y vagarían para siempre amnésicos por el mundo. Tuvo el que los mandaba, Décimo Junio Bruto, que pasarlo a caballo y, desde la otra orilla, empezar a llamarlos por sus nombres, decirles las batallas en que estuvieran, recordarles cosas que les habían sucedido juntos en las cien campañas de Roma, hasta convencerlos de que no se perdía la memoria al pasar aquel río y que, en consecuencia, no era el Letheo.



Así que no es que en Galicia haya más brujas, sino que somos los gallegos los que creemos que las hay. Admitimos la existencia de muchas *meigas*, que vienen a ser lo mismo que las brujas, por más que entre nosotros también tenga la palabra la acepción de halagadora, seductora, embelesadora. Como en todas partes, también en Galicia hay aquelarres, a donde llegan las *meigas* volando y diciéndose a sí mismas, como advertencia, *por derriba das silveiras, por debaixo das carballeiras*, es decir, por encima de los zarzales y por debajo de los robledales, camino que se supone es el más llano para las brujas, casi como una autopista, y eso se sabe porque a veces dejan alguna gota de sangre cuando les rasguñan el cuerpo ungüentado las zarzas o las ramas. Porque, para emprender vuelo, aparte de la llamada satánica, se embadurnan con una pomada que guardan bajo las piedras del lar. En mis modestas inquisiciones, creo haber llegado a entender que estas *meigas* que van al campo con Leonardo, al aquelarre en que le besan el ano, que ya es ciencia cierta lo tiene enortijado en oro, son de Leonardo y de nadie más. Las que tienen amores con otros amantes infernales (y los más tenorios parecen ser Nefhtiel, Cabaliel, Bisodie, Almikre, Capestano y Muzzirello, entre otros) reciben de aquéllas lecciones para convertirse en abejorros, arañas o lagartijas: si se pone una lagartija delante de un hilo rojo y se queda sin pasar, es más que probable que sea una bruja que venía a hacer daño. Y estos saberes transmutatorios no los tienen precisamente por no ser monógamas de Leonardo, y no poder asistir al sábado, donde se transmiten.

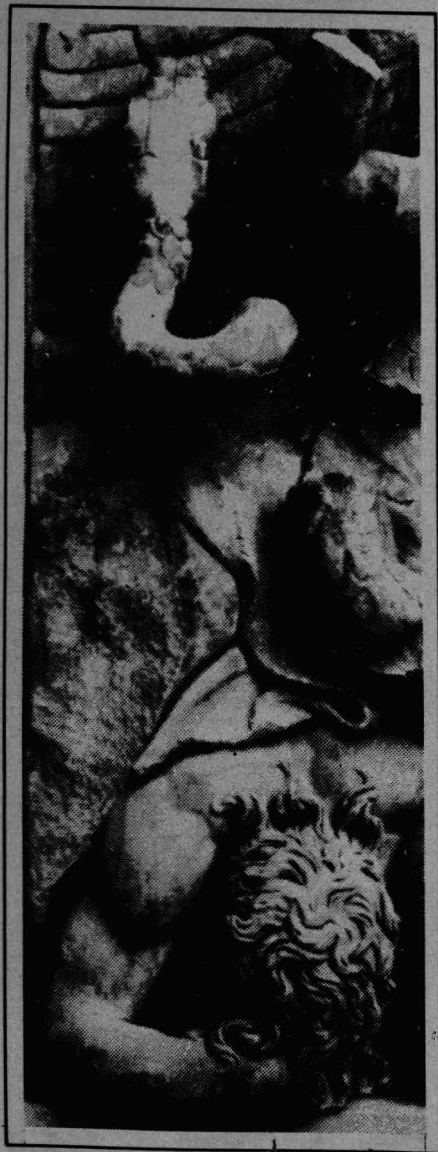
Lo que sí tiene toda la nación bruja es un *padrenuestro* y un *credo* que le es propio, y que enseñan a sus hijos. Parece que la ciencia brujeril —tener noticias de ausentes, hacer hechizos de amor, echar el mal de ojo, averiguar el porvenir mediante

los naipes, etc. — se transmite por herencia y al menos el profesor Alonso del Real, de la Universidad de Santiago, el de *Superstición y supersticiones y Leyenda y verdad de las amazonas*, ha demostrado que en la comarca gallega funcionan escuelas de brujería, donde se imparte enseñanza de farmacopea, ensalmos, filtros y mal de ojos, entre otros saberes. Baste decir que una discípula suya, que está haciendo una tesina de licenciatura sobre el tema, ha sido admitida en una. No sé si debería decirlo, pero está en Arzúa, cerca de aquellos hornos donde se hacía la cal y los peregrinos que con sus pies hacían el Camino cogían una piedra caliza en Triacastela y la depositaban en Arzúa, mientras continuaban, desviándose cuatro leguas para visitar en Sobredo de los Monjes la mayor de las ruinas gallegas, el monasterio que, selva barroca de piedra, se alza junto al estanque en que nace el río Tambre, ampliado por los monjes para sus desayunos de truchas, que a la hora del almuerzo, como en la cocina abacial del XIII, eran primor los grandes asados cistercienses.

La ciencia le entra a la bruja en un día determinado, quizá en la noche. Se trata, en principio, de una iluminación, de la que nace un insólito apetito de conocimiento y de acción. Puede suceder, como le sucedió a Risco, que se le pregunte a la bruja por tal y tal cosa, y ella res-



ponda, y se le vuelva a preguntar que cómo lo sabía, y diga la bruja: «Por lo escuchado en los libros». Como era analfabeta, escuchaba en los libros, o éstos le decían lo que tenían escrito en ellos. Tengo que decir, a este respecto, que si la bruja levita durante la lectura, es cosa comprobada que entonces es que tiene al Diablo Cojuelo dentro, y bota. Lo que sí está admitido universalmente es la potencia del ojo en las brujas, frente a lo que se alzan virtudes diferentes para contrarrestarlo. Hay mucha faltriquera, bolso o bolsillo —especialmente en Castilla, donde dicen que no hay tales brujas— que lleva sus ajos protectores, especialmente los morados zamoranos, y con ellos puede ir una higa de alabastro, o el cuerno de una *vacaloura*, el ciervo volador, el *lucanus cervus*. También se usa como remedio una rama de romero en una ventana, que impide que la mirada de la bruja se deslice dentro de la casa. Y si un hombre regresa de la feria con un animal que ha comprado, con tal que lleve la falda de la camisa por fuera del pantalón, no hay bruja que se acerque y le maloje el cerdo o la vaca. Otro remedio es cambiarle a la vaca de nombre. Por ejemplo, un vecino tiene envidia de mi vaca, que se llama *Marela* como tantas otras vacas del país, por el color amarillo de la piel, y piensa en echarle el mal de ojo, pero



yo, en el secreto de la cuadra, le he cambiado el nombre, y la llamo ya *Teodora*: como nadie más que yo conoce su nombre secreto y verdadero, no hay mal de ojo que le llegue. Cada cual que se defiende como pueda.

Porque ya se sabe que el segundo mandamiento de la Sagrada Escritura es «no nombrarás a Dios en vano»; es decir, no se le puede nombrar porque se corre el riesgo de que aparezca, y por eso en la Biblia a Dios siempre se le dan nombres alusivos, como Yahweh, y otros. El nombrar adecuadamente una cosa concede poder sobre ella. Por eso hay cosas que tienen un nombre secreto, que saberlo daría poder sobre ellas. De esta creencia proviene toda esa fábula de que había grandes ciudades y reinos que tenían nombre secreto. Se afirmó de Francia, y cómo, en el momento de la muerte del rey, éste se lo pasaba al delfín, tapándose la boca con la mano, y en la otra un pañuelo de hierbas, oloroso: el heredero lo era no sólo por ser hijo del rey, sino por ser también sujeto paciente de la transmisión del nombre secreto del reino. Si sabía su nombre, tenía poder real sobre él (a Luis XVI se le debió de olvidar, y por eso le cortaron la cabeza). También Toledo tenía su nombre secreto, que un judaizante —y esto lo publicó Amador de los Ríos, nada menos—, cuando la Inquisición lo confesó bajo tormento. Se lo había puesto Michaelus Scottista, que viene en el Dante, *Inferno*, XX: *Michele Scotto fu, che veramente/telle magiche frode seppe il gioco*, Miguel Escoto fue, que en verdad de los mágicos fraudes supo el juego. Este nombre era *Fax*, la *Tea*, la *Antorcha*, y el fuego no podía mentir al fuego. Igualmente, Roma tenía el suyo, como se sabe porque se lo quisieron vender, en una feria de Medina del Campo, a Fernando el Católico; si no lo compró no fue porque no creyese en ello, sino porque, como todos los Austrias, iba muy mal de dinero, sin sueldo ni crédito. Que Fernando era creyente en estas cosas lo prueba el hecho indiscutible de que una vez una bruja le predijera su final: moriría en Madrigal, así que nunca se le ocurriera pasar por allí. Y aquel señor tan político siempre evitó pasar por la villa castellana. Pero un día que estaba en Madrigalejo, dio su alma a Dios. La bruja sólo se había equi-

vocado en el despectivo.

La farmacopea brujeril revela un alto conocimiento de las brujas en cuanto a plantas medicinales y venenosas, tales como el acónito azul, la más venenosa hierba de Occidente, y ciertos alucinógenos. Éste, el de las plantas narcóticas, ha sido un tema muy debatido y estudiado, sobre todo para la brujería oriental. J. Jaccottet, el hombre que manda en el mercado de Ginebra e importantísimo micólogo —toda seta que se venda en el mercado ginebrino hace ley, se puede comer sin problemas en lo sucesivo—, cuenta en su libro *Les champignons dans la Nature* cómo hubo una expedición a la península de Kamchatka, para estudiar las tribus tchukche y la coriaca, las más septentrionales de aquella fría tierra. Un expedicionario zuriqués, Enderli, se hospedó en la cabaña de un pescador sedentario, coriaco de nación, el cual recibió la visita de otro coriaco, éste nómada criador de renos que venía a comerciar; el pescador ofertaba pescado y sal y el otro lo trocaba por carne ahumada, pieles, cuernos y tripas de reno. Hecho el trato, y como en una *feira* gallega, los coriacos se ponen a celebrarlo. Sacan entonces una seta venenosa, la *amanita phalloides*, pero que ellos han secado, y una anciana se pone a masticarla, ensalivándola y haciéndola comestible. Tiene un sabor ardiente y ácido. Una vez reblandecida, los tratantes hacen con ella unas a modo de salchichas, que engullen inmediatamente. Empiezan a cantar y a bailar, a estar como embriagados, les dan temblores nerviosos, agitan los miembros, caen al suelo, se revuelcan y finalmente quedan dormidos durante horas. En sus sueños viajan al Paraíso, donde mujeres con la nariz cubierta con polvo de oro les ofrecen inmensas tajadas de carne sangrante. Tras bastantes horas de sueño, como han adivinado que el alcaloide se elimina por la orina, la recogen en unos recipientes especiales que tienen para ello, la beben y así prolongan la fiesta unos días más, pues la preciosa seta es muy escasa.

De manera similar a esto, muchos han sospechado si no sería que las brujas occidentales utilizarían algún tipo de hongo como alucinógeno, pero el caso es que nunca nadie, ninguna bruja ha declarado haberlo hecho: la culpa de los vuelos, el sábado, el trato con Leonardo y demás, se lo achacan a éste, o a sus demonios súbditos, pero jamás a hongo alguno. Desde Medea hasta las brujas que salen hamletianas en Don Ramón María del Valle-Inclán, mi tío abuelo, apenas ha variado la farmacopea de estas prójimas: la mandrágora, el colmillo de lobo, polvo del cuerno del



rinoceronte, y mejor de unicornio, y hasta la mirada de la nutria, que se guarda en un frasco con agua de la fuente donde va a beber matinal, amén de porquerías como triporios secos, excrementos varios y menstruó de virgen cuando la luna se llena.

La verdad es que, en las pequeñas aldeas, las brujas apenas si tienen ya artes mayores, y ninguna confiesa que tenga que ver con el demonio. Echan, sí, el mal de ojo, saben hacer algunos elixires, con sabor a aguardiente gabaceira, practican una medicina muy elemental, o veterinaria simple, pues se aplica al ganado, pasan el tiempo nocturno escuchando los catarrros de la lechuza, atinando lo invisible por alfitomancia o cartología y, sobre todo, como si fuera cosa de maquillaje fantástico, pintándose. En mayo de 1972, venía en el *ABC* la noticia de una mujer bruja que había sido detenida por bailar desnuda en las calles de un pueblo de Soria; había pintado sus muslos con sangre de pichón para así atraer a un diablo amigo y tener jolgorio con él en la fría noche soriana. A más de esto, estas brujas de antes de la gran revolución industrial en brujería, también saben algunos oficios, como el *anda quente*, el anda caliente, que hace que la moza se enamore de aquel a quien despreció, o la fabricación de muñecos de cera con parecido a Fulano para que luego los alfilerazos de cera virgen sean dolores terribles en la carne de aquél. Pero son ya artes menores, y en retroceso.

Si me permiten la opinión, yo, como sabedor día a día de las historias y sucedidos de la aldea suya, y de otras vecinas, y por libro de muchas más del universo mundo, tengo a las brujas por elementos normalizadores de la vida cotidiana de las aldeas, con sus dotes imaginativas, su capacidad para infundir esperanza, sosegar, aliviar irritados, distraer malignos y hasta, si se me concede, psicoanalizar. Naturalmente, sus poderes existen en la medida en que se crea en ellos. Por otra parte, las brujas tienen y conocen un umbral, que jamás pasan. Tampoco se habla ya de que tales brujas tengan pacto con el demonio, de forma que rejuvenezcan y aparezcan hermosas para él, enseñando pierna, como en las postales de los años veinte. Ni existen aquellas que, en los tormentos, decían dejar que vinieran príncipes perfumados —y no es la menor— porque ya no hay tormento inquisitorial.

A este respecto, he de decir que la Inquisición está obteniendo recientemente unos defensores bastante extraños, los que Alonso del Real llama *dialécticos*: sostienen que, en cierto modo, la Inquisición desempeñó un papel progresista, pues al combatir la brujería, combatían la superstición, la incultura, la barbarie, frente al progreso iluminado de la Razón. La verdad del asunto fue que, al menos la Inquisición española, pronto se dio cuenta de que se hallaba delante de pobres gentes. Y en Galicia, desde que una tal María Rodríguez fuera quemada la primera, hasta el final del Santo Oficio, no hubo otra. Sí hubo azotes, andar con el sambenito, los tormentos donde se descoyuntaban brazos y piernas, pero, llegado el momento de la sentencia, ésa era leve. Las grandes penas, por el contrario, caían sobre los judaizantes y los que poseían libros luteranos, y gente por el estilo. De modo que, mientras la Inquisición hacía caer todo su grandísimo peso sobre los delitos de opinión o pensamiento, a las brujas gallegas, pobre y no mala gente, analfabetas y con sus pequeños saberes ocultos, marginales y a su manera equilibradoras del vivir aldeano, en cierto modo la Inquisición las absolvía.

Así que, en fin, aunque me esté mal el decirlo, de estas noticias más van obteniendo ustedes algunas informaciones que bien les vendrán para el vivir diario: el demonio no tiene marcha atrás, parpadea de abajo para arriba, huele bastante mal, es políglota y volador y, a lo que parece, anda mal de dinero últimamente, porque quiere revisar el convenio colectivo que firmara en la puente Matilde, de Ruán. Era verano y hacía mucho calor. ¡Nunca se sabe lo que puede pasar si viene mayo un poco caliente!, como dijeran sir John Falstaff y Shakespeare, que lo construyera, como un *golem*, recuerden, sólo de palabras. Y Bill Shakespeare sabía lo que se escribía. Piensen en las enseñanzas que osó transmitir en las escenas de brujas en *Macbeth*, donde viene todo muy claro, y en detalle. Donde va oculta la filosofía es, sin embargo, donde menos se espera, tal que en la *Comedy of errors*, o en *The Tempest*, con aquello de «a unas brazas bajo el agua yace mi padre sobre el coral. . .» Pero esto es cosa que no me está permitido ya el revelarles. ♦

